

JESÚS
ÁLVAREZ

El neurocirujano Francisco Trujillo Madroñal (Algodonales, 1947), fundador del Instituto de Especialidades Neurológicas (IENSA) y jefe de Neurocirugía del Hospital Quirónsalud Sagrado Corazón de Sevilla, empezó como médico general en Chipiona y fue responsable de patología hipofisaria en el Virgen del Rocío al lado del doctor Pedro Albert, su maestro. Trujillo dice que tiene amigos de izquierdas y de derechas y que ha aprendido con los años que no se puede contentar a todo el mundo, «así que yo digo lo que pienso y que cada uno que piense lo que quiera sobre eso». Si fuera periodista, sería como Chaves Nogales, al que ningún bando de la II República reconoció como suyo. Ahora también ve esas dos Españas, a las que se siente ajeno, en su campo de trabajo, la sanidad. «Hablar de sanidad privada en España ahora mismo es como si habláramos del enemigo, como si quisiera acabar con la pública. Y al revés», dice.

—¿Cree que con la pandemia se está agudizando esa contienda entre lo público y lo privado también en el mundo de la medicina?

—Nos quieren dividir y parece que lo están consiguiendo. La sanidad es un conjunto y para mí sólo hay una sanidad al servicio del enfermo, ya sea pública o privada. Enfrentar a la sanidad pública y a la sanidad privada como se está haciendo es el reflejo de las dos Españas que tanto se ha agudizado. Como si la enfermedad o los virus entendieran de ideología.

—La colaboración entre la sanidad pública y privada en Andalucía ha permitido rebajar las listas de espera en los últimos meses, a pesar de la pandemia. ¿Le parece una buena forma de tratar de mantener un mínimo de calidad en la asistencia sanitaria?

—Me parece un buen paso pero a mis años ya no me fio. Espero que no utilicen a la privada como un flotador para salir de una emergencia. Dentro de dos años contestaré a esa pregunta.

—¿No ve cambios en la política sanitaria en Andalucía?

—Veo buenas señales. Incluso se ha quitado el complemento de exclusividad que sólo cobraban los médicos que trabajaban únicamente en la pública. Pero desmontar un sistema que es tan cómodo para tanta gente es complicadísimo. Todo está montado para que la mediocridad se encuentre a gusto. Hace falta mucho esfuerzo, tiempo y fuerza de voluntad para cambiar esto. Y al haber más gente torpe y vaga que inteligente, trabajadora y con ganas de esforzarse, siempre van a ganar los que son más. Serán más votos.

—¿Cree que el sistema público ha conducido a los sanitarios a una especie de funcionarización?

—Eso no sólo lo pienso yo sino mucha

gente. Hay muchos médicos que terminan su labor a las tres de la tarde y ya no se preocupan más hasta el día siguiente, aunque sean muy buenos. Los que estamos fuera no tenemos esa posibilidad porque vivimos de nuestros enfermos. En la sanidad pública hay gente muy formada y maravillosa, gente menos formada y también muchos vagos.

—¿Y en la sanidad privada no?

—También, por supuesto. Hay exactamente lo mismo. La única diferencia es que la sanidad pública te permite seguir siendo vago y seguir viviendo en un hospital. En la sanidad privada, si eres vago y malo, te quedas sin clientes y acabas fuera. No puedes sobrevivir.



Francisco Trujillo

«Las dos Españas han llegado a la sanidad y están logrando que la pública y la privada sean enemigas»

Forbes lo ha reconocido como uno de los diez mejores neurocirujanos de España. De Algodonales, empezó como médico en Chipiona y renunció a su plaza en el Virgen del Rocío porque se le murió un paciente de 18 años.

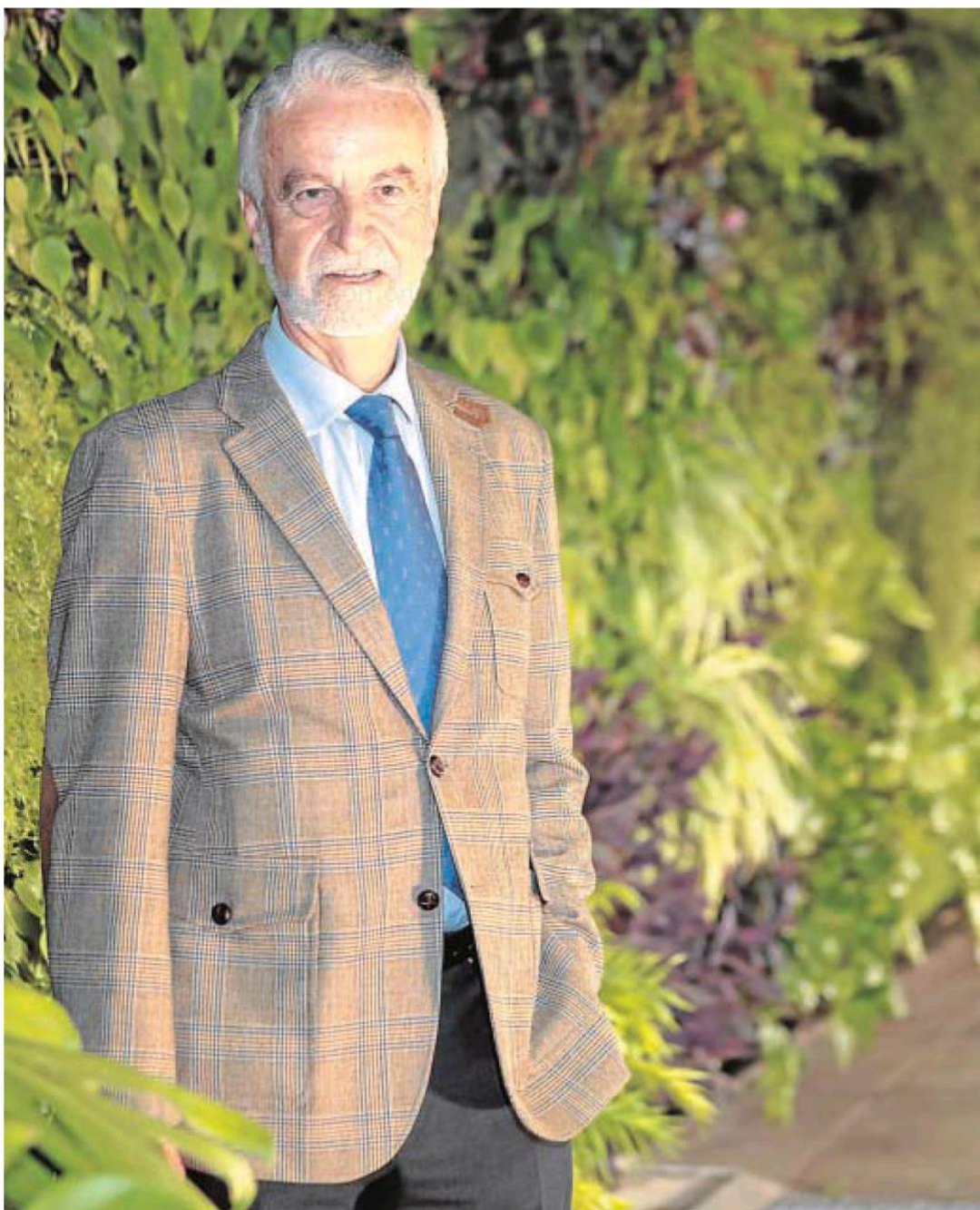
kioskoymas#simon.onrubia.b@gmail.com

—Usted presume de tener amigos de derechas y de izquierdas.

—Y tengo amigos políticos, de distinto signo, y a todos les digo que han montado un circo en el que siempre están los mismos y el resto somos los payasos. Yo creía que una democracia era que todos los votos valieran lo mismo pero cuando pienso que mi voto, por ser andaluz, vale una décima parte que el voto de un catalán o de un vasco, siento que me han engañado.

Uno de los amigos a los que el doctor Trujillo les dice estas cosas es Mariano Rajoy, del que afirma que «está divinamente, aunque le han tratado

injustamente». Nunca le ha operado al expresidente del Gobierno ni le ha tratado ninguna patología o dolencia, lo que suele acercar y crear amistades duraderas entre galenos y políticos. Su amistad con él viene por su antigua relación con Javier Arenas, que se lo presentó. Arenas y Trujillo se conocen desde la infancia porque uno es de Olvera y otro de Algodonales, dos localidades muy cercanas. Trujillo ejerce de algodonero y presume siempre de ese pequeño pueblo de la sierra gaditana. Su regidor, Angel Acuña, lo hizo alcalde honorífico de las fiestas del 2 de mayo y él dio un pregón y se vistió de época, junto a su mujer, durante setenta y dos



RAÚL DOBLADO

horas, para conmemorar la resistencia contra los invasores franceses en la guerra de la Independencia.

—Las de mi pueblo son unas fiestas preciosas, aunque fue una pena que en esos tres días que fui alcalde no me diera tiempo de recalificar una parcelita que tengo allí (ríe).

Durante esos tres días se le ocurrió decir que a cualquier algodonero que se pasara por su consulta le perdonaría el 50 por ciento del precio de mis honorarios y desde entonces su secretaria se sorprende de cuánta gente de Algodonales le pide una cita con él.

—Vuelve a estar entre los diez mejo-

res neurocirujanos de España. ¿Le sigue haciendo ilusión?

—Es un honor pero no es un honor mío. Yo no estaría en esa lista si no fuera por mi equipo y las personas que trabajan conmigo. Yo tengo los pies en el suelo y a mí lo que hace ilusión es curar a mis enfermos o mejorar su calidad de vida. Hoy, por ejemplo, me considero fracasado porque ha venido un enfermo de Ronda con una neuralgia oftálmica que no tiene arreglo. Ha venido a mi consulta con ilusión de que lo cure, convirtiéndome en su única esperanza, después de haber estado dando muchas vueltas y viendo muchos médicos, y yo no puedo curarlo. Y le tengo

que decir que no hay nada que hacer, que tiene que aguantar el dolor.

El cielo y el infierno son paisajes habituales para cualquier persona que trate de cerca a la muerte. Aunque a muchos les parezcan dioses y, a otros pocos, demonios, los médicos son personas de carne y hueso que siempre intentan curar, aunque no siempre lo consigan. Tampoco son infalibles.

—Yo estoy en el infierno y en el cielo un par de veces todos los días. Creo que soy Dios un par de veces al día para alguien y el demonio otras dos veces al día. Si subo un día al cielo es sólo un momento porque alguien no tardará ni una tar-

Competitividad

«Son muy torpes los que se rodean de mediocres. Yo hice lo contrario y por eso salgo en Forbes»

Dioses y demonios

«Yo estoy en el cielo y en el infierno un par de veces cada día. Para mí es un fracaso no poder curar»

de en recordarme que el infierno existe.

—Tiene 73 años y lleva casi 50 trabajando. ¿No se despierta alguna mañana sin ganas de ir a trabajar?

—El día que me levante sin ganas de trabajar, ya no vengo más. Vengo a trabajar todos los días con ganas de ver a mis compañeros y a mis enfermos, siempre con una sonrisa. Hay muchas veces que me digo a mí mismo que tengo mucha suerte porque voy a hacer algo que me gusta y encima me pagan.

—¿No piensa jubilarse nunca?

—Creo que solo dejaré de trabajar el día que me muera.

—En su trabajo siempre le ha gustado rodearse de gente muy brillante que puede hacerle sombra. ¿Es su manera de no dormirse en los laureles?

—Uno de los mayores éxitos de mi vida fue saber elegir a la gente que trabaja conmigo. Siempre he buscado a los mejores, a los que pueden adelantarme, y avancé en mi profesión gracias a eso.

—En algunos ámbitos de la empresa privada y en los de las Administraciones públicas sucede a menudo lo contrario: el jefe quiere destacar rodeándose de personas de menor valía.

—Son muy torpes los que prefieren rodearse de mediocres. Yo hice lo contrario y eso es lo que hace que hoy, a mi edad, esté en la lista Forbes.

—¿La politización de la sanidad pública es lo que le alejó de ella?

—Nunca he tenido nada en contra de la sanidad pública, en la que me crié como médico, pero decidí irme el día que me di cuenta de que no mandaban los mejores sino los que tenían ciertas ideas. Y cuando descubrí que las decisiones sanitarias eran políticas.

—¿Me puede poner un ejemplo?

—En mi hospital se decidió políticamente que había que bajar las listas de espera quirúrgicas en patologías que no eran importantes y que en las mías, fueran o no importantes, se pospusieran las operaciones. Eso fue una decisión política, no sanitaria.

—¿Por eso decidió irse?

—Creo que esto nunca lo he contado. El detonante de mi salida de la sanidad pública fue lo que me ocurrió con un paciente de 18 años que sufrió una hemorragia cerebral y al que había que hacerle un arteriografía. El aparato estaba roto y yo dije que había que hacerle urgentemente esa prueba antes





de que volviera a sangrar. Fui al despacho del director para pedirle el traslado a otro centro. No me hizo caso y a la semana de pedirlo, este paciente volvió a sangrar y murió. Supongo que yo no debía sentirme responsable de su muerte porque intenté seis veces que le hicieran la prueba pero me sentí responsable y me di cuenta de que si seguía allí me hacía cómplice en cierto modo de que volviera a suceder algo así.

—Y no volvió. Y tenía una plaza fija.

—Sí, la tenía. Me considero un prófugo de la sanidad pública.

—¿Cómo le fue el primer año que estuvo fuera de él?

—Me sentí un poco en el vacío. Tenía una plaza en propiedad por la que cobraba todos los meses, hiciera lo que hiciera. El primer año lo pasé mal y pude comer con lo que saqué de veinte o treinta operaciones. Luego la cosa fue mejor.

—Cuando Pedro Albert y usted fundaron el Iensa en Sevilla sólo eran cinco. ¿Ahora cuántos son?

—Cuarenta y cuatro. Empezamos hace más de treinta años el doctor Albert, el doctor Narros, Elena Tarancón y Conchita, su secretaria. Nos ha ido muy bien pero empezamos haciendo unas veintitantas cirugías al año. El año pasado hicimos 957. Tenemos convenios con universidades de América Latina, Brasil y Argentina entre otros países, para formar neurocirujanos de allí. Para nosotros es muy importante compartir nuestros conocimientos.

—Cobra mucho por su trabajo.

—No me siento orgulloso de haberme tenido que ir de la sanidad pública. Me da pena que algunos no tengan dinero para que yo los pueda tratar. También me da pena que todo el que me roce tenga que perder parte del dinero que ha ganado para que yo lo pueda atender o curar. Pienso que al enfermo hay que ayudarlo de todas formas, tenga dinero o no, y en ese sentido estaba mucho más tranquilo en la sanidad pública.

—¿Opera alguna vez sin cobrar sus honorarios?

—Sí. Y a veces logramos que se puedan hacer pruebas u operarse en el hospital sin pagar lo que cuestan porque no pueden. El buen cirujano es el que sabe pararse a tiempo. A veces lo difícil es pararse, por ejemplo, cuando tienes un tumor cerebral a punto para quitarlo.

—¿El caso de la duquesa de Alba le quitó el sueño?

—A mí me quitó el sueño el entorno de la duquesa, no la cirugía. Su patología, que era bastante común, no entraña, en general, demasiadas complicaciones. Pero muchos médicos llegaron a decir públicamente que era una barbaridad operarla. Y cuando te dicen eso antes de una intervención que era,

Un paciente perdido

«Intenté seis veces que le hicieran la prueba. Me fui de la sanidad pública para no sentirme cómplice»

Compromiso total

«Una operación duró 25 horas. No tuve hambre ni ganas de hacer pis pero me hundí cuando acabé»

Sin pacientes

«En la sanidad privada hay vagos, igual que en la pública, pero aquí no pueden seguir siéndolo»



RAÚL DOBLADO

en cualquier caso, delicada, te están metiendo presión. Si la cosa salía mal por cualquier motivo, sería culpa tuya.

—Habría tenido pacientes de todo tipo.

—Recuerdo a un italiano que venía de Nápoles. Vino con otro que no abrió la boca. Los dos vestían de negro y querían que operara a su hermana. Llegado a un punto, el que hablaba le hizo una señal al otro y éste empezó a sacar un montón de billetes de los bolsillos. Insistía en pagarme por adelantado y que no quería recibir ni nada. Le dije que nunca cobraríamos por adelantado pero el tipo se empeñó y me dijo al despedirse: «Quería estar seguro de que usted cobraba. Mi hermana saldrá bien de ésta. ¿verdad?»

—¿Cuándo surgió su vocación?

—Quería ser matemático, pero mi padre era médico y seguí la tradición.

La operación debió de salir bien porque Trujillo no volvió a saber nada de esos hombres y ha seguido quitando tumores y salvando vidas. También ha llorado con algunos pacientes y ha reído con otros, incluso algunos que entraron llorando en su consulta salieron de ella riéndose. Su operación más difícil, y la más larga, duró 25 horas. «No tuve hambre ni ganas de hacer pis, pero me quedé hundido cuando acabé», recuerda.

—¿Cuándo surgió su vocación?

—Quería ser matemático, pero mi padre era médico y seguí la tradición.

trabajar en la Renault, mientras él se formaba en Marruecos y Francia. Desde entonces no se ha comprado nunca un coche que no sea de esa marca. Eso sí, el «mejor Renault de todos, el mismo que usa su presidente en París».

—¿Qué es lo que más importante que ha conseguido en la vida?

—Tener libertad. Digo lo que pienso en esta entrevista sin preocuparme de a quién le va a caer bien y a quién no. Sé que algunas de estas cosas que digo me van a acarrear problemas. Ser libre no es tan fácil.

—Ser libre tiene un precio pero la libertad tal vez no tenga precio.

—No lo tiene y yo al menos me lo permito. Me parece un gran logro.